

gastos. Además, tengo crédito con vos, ¿no es esto, tío Mateo?

— Sin duda, no sería la primera vez, capitán.

— No; pero esta sería la última. En este caso, tío Mateo, comprended bien esto: muerto yo, el señor es libre como el aire, ¿lo entendéis bien? Va donde quiere y como quiere; y si le prenden, soy yo quien he provocado la disputa: yo estaba provocándole, había bebido demasiado y me ha dado lo que merecía: ¿entendéis?

— Perfectamente.

— Ahora, preparad la comida, abuelo. Tú, Pietro, vé á comprar dos navajas exactamente iguales; tú sabes cómo se necesitan. Tú, Nunzio, irás á ver al cura. A propósito, repliqué yo volviéndome hácia Gaetano que había escuchado todos estos detalles con una gran indiferencia, debo preveniros que yo mando decir una misa: no se dirá hasta mañana por la mañana; pero es igual, la intencion es esa. Si quereis mandar por vuestra parte decir otra para que no tenga yo ventaja sobre vos, y que Dios no esté ni por uno ni por otro, sois dueño de hacerlo: fray Girolamo es el que dice las mejores.

— Gracias, me respondió Gaetano; espero no os imaginareis que yo crea en todas esas necesidades.

— ¡No creéis en eso! ¿Que no creéis, decís? Tanto peor; yo sí creo, señor. Nunzio, irás tú á mandar decir la misa en casa de fray Girolamo, ¿entiendes? y no á ningun otro.

— Estad tranquilo, capitán.

Pietro y Nunzio salieron para hacer cada uno el en-

cargo que se les había confiado. Quedé solo con Gaetano Sfera y el tío Mateo.

— Ahora, señor mio, dije aproximándome á Gaetano, si en el instante á que hemos llegado, no teneis nada que hacer con Dios, teneis ciertamente que hacer algo con el mundo. Tendreis un padre, una madre, una querida, álguien, en fin, que se interese por vos y que os quiera. Mateo, papel y tintero. Haced como yo, escribid á esa persona, y si os mato, ¡á fe de Arena! la carta será religiosamente enviada.

— Eso es otra cosa, y teneis razon, dijo Gaetano tomando el papel y tintero de manos del tío Mateo, y poniéndose á escribir.

Me senté en una mesa que estaba frente de la suya, y me puse también á escribir. Excusado es decir que la carta que yo escribia era para mi pobre mujer.

Cuando habíamos concluido, Nunzio y Pietro volvieron.

— Está encargada la misa, dijo Nunzio.

— ¿A fray Girolamo?

— Al mismo.

— Hé aquí las dos navajas, dijo Pietro, las dos han costado un duro.

— Chist, dije.

— No, no, dijo Gaetano; es justo que yo pague la mía y vos la vuestra. Además tenemos que arreglar una cuenta, capitán. Os debo doscientos ducados, porque segun convinimos, me habeis traído á tierra.

— No os inquieteis por eso, no corre prisa.

— Al contrario, corre mucha prisa, capitán. Hé aquí

los doscientos ducados. Por lo que hace á vos, amigo mio, continuó dirigiéndose á Pietro, ahí teneis dos onzas por la compra de la navaja.

— Caballero, os pido perdon, dijo Pietro ; la navaja cuesta diez reales y no dos onzas. No puedo recibir de vos tal cosa.

— ¡ Yo lo creo ! dijo Pietro interrumpiendo al capitán, ¡ una navaja que podia matar al capitán !

— Ahora, dijo Gaetano Sferra, cuando querais : os aguardo.

— Estais servidos, dijo el tio Mateo volviendo de su cocina.

— Subamos, pues, dije á Gaetano.

Subimos. Seguia yo á Gaetano ; marchaba con paso firme ; me convencí de que aquel hombre era valiente. No podia comprenderlo.

Como lo habia dicho Mateo, estábamos servidos. En un extremo de la mesa cubierto con un mantel y con el servicio necesario, estaba dispuesta la comida. El otro extremo quedaba desocupado, y un tonel abierto por una tapa estaba dispuesto de cada lado para recibirnos cuando tuviéramos á bien comenzar.

Pietro depositó una navaja en cada lado de la mesa.

— Si conoceis aquí alguno, y deseais tenerle de testigo, dije á Gaetano, podeis enviarle á buscar, aguardaremos.

— A nadie conozco, capitán. Por otra parte, aquí están estos dos bravos, continuó Gaetano señalando á Pietro y al piloto ; servirán al mismo tiempo para vos y para mí.

Esta sangre friame admiró. Desde que habia visto á aquel hombre de cerca, habia desaparecido una parte de mi deseo de venganza. Resolvi, pues, hacer una tentativa de reconciliacion.

— Escuchad, le dije en el momento en que pasaba al otro lado de la mesa, es evidente que en todo esto hay algun misterio que no conozco ni puedo adivinar. Vos no sois un asesino. ¿ Porqué me habeis herido ? ¿ Con qué objeto á mí mejor que á otro ? Sed franco, decidmelo todo ; y si reconozco que habeis sido impulsado por una necesidad cualquiera, por una de esas fatalidades mas fuertes que el hombre, y á las que es preciso que el hombre obedezca, ¡ y bien ! todo está concluido, y quedaremos así.

Gaetano reflexionó un instante : despues, con un aire sombrío :

— No puedo deciros nada, replicó, el secreto no es solo mio ; así, ya veis, no es la casualidad la que nos ha colocado frente á frente. Lo que está escrito, escrito está, y es preciso que las cosas se cumplan ; ¡ luchemos !

— Reflexionad, volví á decir, todavia es tiempo. Si es la presencia de estos hombres lo que os detiene, se irán, y quedará solo con vos, y lo que me dijereis, ¡ os lo juro ! será como si lo hubiéseis dicho á un confessor.

— He estado próximo á morir, he hecho llamar á un sacerdote, me he confesado con él, creyendo que era mi última confesion ; pues con riesgo de comparecer ante Dios cargado con un pecado mortal, no le he revelado el secreto que quereis saber.

— Sin embargo,..... caballero, repliqué yo, insistiendo á medida que él mas se defendia.

— ¡ Ah! interrumpió insolentemente, sin duda despues de haberme hecho venir aquí, ¡ no quereis batiros! ¿ Es que acaso teneis miedo?

— ¿ Miedo? exclamé yo; y de un salto me metí en el tonel con el cuchillo en la mano.

— ¿ No es verdad, Pietro? continuó el capitan interrumpiéndose, ¿ no es verdad que yo hice todo aquello para hacer que me dijera la causa de sa conducta para conmigo?

Si, es cierto, respondió Pietro, y yo estaba tanto mas admirado, cuanto que, ya lo sabeis, capitan, no es esa vuestra costumbre, y cuando nosotros tenemos esos lances con los calabreses, vamos al objeto en posta.

— En fin, replicó el capitan, no quiso él oír nada y entró á su vez en el tonel. Cuando se le quiso atar el brazo izquierdo á la espalda como acababan de hacer conmigo, dijo que le embarazaba, y pidió que se le desajase el brazo libre. Al instante se le desató.

Entonces comenzamos á tirar: como á su pesar y naturalmente paraba los golpes que yo le dirigia con el brazo izquierdo, esto retardó algo el término del desafio. Me cortó un poco en el hombro antes que yo le hubiese tocado; pero consideraba como despreciable para mí herirle en los miembros. Pero, ¡ por vida mia! cuando ví correr mi sangre y á Pietro que se mordía los dedos y parecia quererse comer hasta el codo, le tiré tañ atroz puñalada, que de la fuerza del golpe mas que de la puñalada, fueron rodando él y el tonel hasta cerca de la

ventana. Cuando ví que no se levantaba, pensé que habia ajustado su cuenta. En efecto, al mirar la hoja de la navaja, ví que estaba enrojecida hasta el mango. Nunzio fué corriendo hácia él.

— ¡ Y bien! ¡ y bien! le dije, ¿ qué es lo que tiene? ¿ Es cosa de que mandemos venir á un sacerdote ó á un médico?

— Un sacerdote, respondió Gaëtano con voz apagada, el médico seria inútil.

— Voy, pues, por el sacerdote, dijo Nunzio. ¡ Eh! abuelo, continuó llamando.

Se abrió una puerta, y apareció Mateo.

— Un cuarto y una cama para el señor, que está en muy mal estado.

— Está dispuesto, dijo Mateo.

— Entonces ayudadme á llevarle mientras ellos van á romper algunas botellas, para hacer creer que esto ha venido por sus pasos contados.

— ¡ Un sacerdote! ¡ un sacerdote! murmuraba Gaëtano con voz mas apagada todavía que la primera vez; ved bien que si tardais moriré antes que venga. — En efecto, la sangre brotaba de su pecho cual de una fuente.

— ¡ Vos muerto! ¡ ah! bien sé, dijo Mateo cogiéndole por debajo de los brazos, mientras que Nunzio le cogia por las piernas; teneis todavía para mas de cuatro ó cinco horas de vida, si, lo veo en vuestra mirada; voy á ponerlos encima de la herida una buena compresa, y tendreis tiempo para hacer una famosa confesion.

La puerta se cerró, y me encontré solo con Pietro.

— ¡Y bien! me dijo, ¿qué diablos teneis, capitan? ¿Es que os sentís mal por ese rasguño que teneis ahí en el hombro?

— ¡Ah! no es eso, no es eso, le respondí; pero mejor hubiera querido no volver á ver á ese hombre; me habian pagado por traerle sano y salvo aquí.

— ¡Y bien! pero me parece, respondió Pietro, que cuando le hemos desembarcado, hemos cumplido.

— Este dinero me atraerá la desgracia, Pietro, y si muere no quiero guardar de ello ni un cuarto; lo emplearé en misas.

— ¡En misas! bueno es, dijo Pietro, y la prueba es que la que habeis encargado no ha producido hasta ahora mal efecto; pero el dinero no es despreciable tampoco.

— ¡Y aquella pobre mujer, Pietro, aquella pobre mujer que fué á mi buque y que le condujo hasta la costa! ¡Oh! cuando sepa esto!.....

— ¡Ya, caramba! habrá lágrimas, eso es seguro; pero al fin y al cabo, mas vale que sea ella la que lllore que no la patrona. Por otra parte, no habeis hecho sino volverle lo que os habia dado hace un año, hé ahí todo; con los intereses, es verdad, pero oid, nadie deja de pagar sus deudas sino los que quiebran.

— Es igual, repliqué, desearia saber porqué me dió aquella puñalada.

En aquel momento la puerta del cuarto á donde se habia conducido á Gaetano Sferra, se abrió.

— Capitan Arena, dijo una voz, el moribundo os llama.

Me volví y conocí á fray Girolamo.

— Aquí estoy, padre mio, respondí temblando.

— Vamos, dijo Pietro, probablemente vais á saberlo; si se puede decir, ya nos lo contareis.

Le hice señal con la cabeza de que sí, y entré.

— Hermano mio, dijo fray Girolamo señalándome á Gaetano Sferra, pálido como las sábanas de la cama en que estaba acostado, hé aquí un cristiano que va á morir, y que desea que oigais su confesion.

— Sí, venid, capitan, dijo Gaetano con una voz tan débil que apenas podia oírsele, y déme Dios fuerza para llegar hasta el fin.

— Tomad, tomad, dijo el tio Mateo entrando y dejando sobre una mesa que estaba cerca del moribundo, una botellita llena de una bebida roja como sangre: tomad, esto os va á dar ánimo; bebed dos cucharadas de esto, y luego me lo direis. Sabeis, capitan, continuó dirigiéndose hácia mí, que es el mismo elixir que hacia aquella pobre Julia que se llamaba la hechicera, y que ha hecho tanto bien á vuestro tio.

— ¡Oh! entonces, dije yo vertiendo la bebida en una cuchara, y aproximándola á los labios del herido, bebed; Mateo tiene razon: esto os sentará bien.

Gaetano tragó la cucharada de elixir, mientras que fray Girolamo cerraba la puerta á Mateo, que no podia quedar allí mas tiempo porque iba á confesarse el moribundo. Apenas la bebió, cuando sus ojos brillaron, y un encarnado subido tiñó su fisonomía.

— ¿Qué es esto que me habeis dado, capitan? exclamó cogiéndome la mano; dadme otra cucharada, otra; quiero tener bastante fuerza para contároslo todo.

Le di otro sorbo de elixir ; se incorporó entoncez sobre una mano, y apoyó la otra sobre su pecho.

— ¡ Ah ! esta es la primera vez que respiro desde que he recibido vuestra puñalada, capitán ; eso hace respirar muy bien.

— Hijo mio, dijo fray Girolamo, aprovechaos de ese socorro de Dios para revelarnos ese secreto que os ahoga todavía mas que vuestra herida.

— Pero si yo no muriese, padre mio, exclamó Gaetano ; si yo no muriese, seria inútil que me confesase. Ya he visto la muerte tan de cerca como en este momento, y sin embargo, me he librado de ella.

— Hijo mio, dijo fray Girolamo, esa es una tentacion del demonio que en este momento disputa vuestra alma á Dios. No creais los consejos del ser maldito. Solo Dios sabe si debéis vivir ó morir, pero obrad siempre como si vuestra muerte fuese segura.

— Teneis razon, padre mio, dijo Gaetano enjugando con su pañuelo una espuma rojiza que humedecia sus labios ; teneis razon : escuchad, y vos tambien, capitán.

Me senté al pié del lecho, fray Girolamo á la cabecera, y tomó en sus dos manos las del moribundo, el cual comenzó :

— Amaba yo á una mujer ; á la misma á quien he dirigido la carta que os he dado, padre mio, para que le fuese enviada en caso de que muera. A esa mujer la amé desde muy jóven, pero no era bastante rico para ser del gusto de sus padres ; la entregaron á un mercader griego, jóven todavía, pero á quien ella no

amaba. Nos separaron. Dios sabe que hice todo lo posible por olvidarla. Viajé durante un año, y acaso no hubiera vuelto jamás á Malta, si no hubiese recibido la noticia de que mi padre se estaba muriendo.

Tres dias despues de mi vuelta, murió mi padre. Siguiendo su fúnebre acompañamiento, pasé por delante de la casa de Lena. A mi pesar levanté la cabeza, y á través de la celosía distinguí sus ojos. En aquel momento me pareció no haberme separado de ella ni un instante, y conocí que la amaba mas que nunca.

Por la noche volví bajo aquella ventana. Apenas acababa de llegar, oí el leve rechinamiento de las hojas de las persianas : en el mismo momento cayó una carta á mis piés. Esta carta me decia que dentro de dos dias su marido marchaba á Candía, y que quedaba sola con su anciana nodriza. Hubiera yo debido marchar, ya lo sé, padre mio, hubiera debido huir tan lejos como me hubiera permitido la tierra, ó entrar en algun convento, rasurarme los cabellos y cubirme con algun santo hábito que hubiese ahogado mi amor ; pero era yo muy jóven, estaba enamorado : me quedé.

Padre mio, no me atrevo á hablaros de nuestra felicidad, era un crimen. Durante tres meses Lena y yo fuimos los seres mas felices de la creacion. Aquellos tres meses trascurrieron como un dia, como una hora, ó mas bien no existieron : fué un sueño.

Una mañana Lena recibió una carta de su marido. Estaba yo próximo á ella, cuando su anciana nodriza la llevó. Nos miramos temblando : ninguno de los dos se atrevia á abrirla. Habia quedado sobre la mesa. Dos ó

tres veces alargamos la mano sucesivamente. En fin, Lena la tomó, y mirándome fijamente :

— Gaetano, dijo, ¿ me amas ?

— Mas que á mi vida, respondí.

— ¿ Estarás pronto á abandonar todo por mi, como yo lo estoy á abandonarlo por tí ?

— A nadie tengo mas que á tí en el mundo : donde tú vayas te seguiré.

— Pues bien, convengámonos en una cosa : si esta carta me anuncia su vuelta, quédemos en partir juntos, al instante mismo, sin vacilar, con el dinero que tú tengas y mis alhajas.

— Al instante mismo, sin vacilar ; Lena, estoy pronto.

Me tendió la mano, y abrimos la carta sonriendo. Anunciaba que no habiendo terminado sus negocios no estaria de vuelta hasta dentro de tres meses. Aunque nuestra resolucion estaba tomada irrevocablemente, no nos desagradaba tener todavía un plazo antes de ponerla en ejecucion.

Al salir de casa de Lena, encontré á un mendigo que hacia tres dias encontraba siempre en el mismo sitio. Esta constancia me sorprendió, y dándole una limosna, le interrogué ; pero apenas hablaba el italiano, y todo lo que pude sacar en limpio, fué que era un marinero epirota, cuyo buque habia naufragado, y que aguardaba una ocasion para engancharse en otro buque.

Volví á la noche. Se nos habia tasado el tiempo con una mano demasiado avara para que desperdiciásemos la menor parte de él. Hallé á Lena triste. Durante al-

gunos instantes la pregunté inútilmente sobre la causa de su tristeza ; por fin me confesó que al rezar su oracion de por la mañana delante de una madona del Perugino, que pertenecia á su familia hacia trescientos años, y á la que tenia una devocion especial, habia visto claramente correr dos lágrimas de los ojos de la santa imágen. Al principio habia creido ser el juguete de alguna ilusion, y se habia aproximado á ella á fin de observarla mas de cerca. ¡ Efectivamente eran dos lágrimas que rodaban por sus mejillas, dos lágrimas verdaderas, dos lágrimas ardientes, dos lágrimas de mujer ! Las enjugó con su pañuelo, y el pañuelo habia quedado mojado. No dudaba ella, pues : la madona habia llorado, y aquellas lágrimas, estaba segura de ello, presagiaban alguna gran desgracia.

Quise tranquilizarla ,pero la impresion era demasiado profunda. Quise hacerla olvidar por una dicha real aquel temor imaginario ; pero por la primera vez la encontré fria y casi insensible, concluyendo por suplicar me marchara y la dejara pasar la noche en oracion. Insistí un instante, pero Lena juntó sus manos suplicantes, y á mi vez vi dos gruesas lágrimas que asomaban á sus párpados. Yo las recogí con mis labios ; despues, medio seducido , medio incomodado , me preparé á obedecer.

Entonces apagamos la luz : nos dirigimos á la ventana para asegurarnos de que la calle estaba solitaria, y abrimos el postigo. Un hombre embozado en una capa estaba recostado en la pared. Al ruido que hicimos levantó la cabeza, pero vimos á tiempo el movimiento que

iba á hacer; volvimos á cerrar el postigo y no pudo distinguírnos.

Quedamos un instante mudos é inmóviles, oyendo el palpar de nuestros corazones, que se hablaban con sus latidos, y que eran los únicos que turbaban el silencio de la noche. Aquel terror supersticioso de Lena había concluido por apoderarse de mí, y si no creía yo por lo menos en una desgracia, por lo menos creía en un peligro. Abrí el postigo de nuevo; el hombre había desaparecido.

Quise aprovechar su ausencia para alejarme; abracé por última vez á Lena, y me aproximé á la puerta. En aquel momento me pareció oír en el corredor que conducía á ella un ruido de pasos. Sin duda Lena creyó haberlo oído como yo, porque me apretó las manos.

— ¿Tienes alguna arma? me dijo tan bajo que apenas lo comprendí :

— Ninguna, respondí.

— Espera. Se alejó. Algunos segundos despues, la ví, ó mas bien, conocí que volvía. Toma, me dijo, y me puso en la mano el puño de un yatagan pequeño que pertenecía á su marido.

— Creo que nos hemos engañado, le dije, porque no se ha vuelto á oír nada.

— ¡No importa! me contestó, guarda ese puñal, y en lo sucesivo no vengas nunca sin estar armado. Lo quiero yo : ¿oyes? Y encontré sus labios que buscaban los míos para convertir su orden en una súplica.

— ¿Continúas, pues, exigiendo que te abandone?

— No lo exijo, te lo ruego.

— Pero á lo menos, hasta mañana.

— Sí, hasta mañana.

Aun otra vez estreché á Lena entre mis brazos y en seguida abrí la puerta. Todo estaba silencioso, y parecía tranquilo.

— ¡Qué loca eres! le dije.

— Tan loca como tú quieras; pero la Madona ha llorado.

— Es de celos, Lena, añadí volviéndola á abrazar y aproximando su cabeza á la mía.

— ¡Prepárate! exclamó Lena arrojando un grito terrible, y haciendo un movimiento para arrojarse delante. ¡Héle ahí! ¡héle ahí!

En efecto, un hombre se lanzaba por el otro extremo de la habitacion. Di un salto delante de él, y nos encontramos frente á frente. Era Morelli, el marido de Lena. No dijimos ni una palabra, y nos arrojamos el uno sobre el otro, rugiendo de coraje. Tenia él en una mano un puñal y en la otra una pistola. En la lucha disparó la pistola; pero sin tocarme. Yo le respondí con una terrible estocada, y oí á mi enemigo exhalar un grito. Le había hundido el yatagan en el pecho. En aquel momento la palabra de « alto, » pronunciada en inglés, llegó á mis oídos : una patrulla que pasaba por la calle, advertida por el pistoletazo, se detenía bajo los balcones. Me precipité hácia la puerta para salir, Lena me cogió por el brazo, me hizo atravesar su cuarto, y abrió una ventanita que daba al jardín. Conocí que mi presencia la perdía.

— Escucha, le dije, tú nada sabes, nada has visto,

has acudido al ruido y has hallado á tu marido asesinado.

— Está tranquilo.

— ¿Dónde te volveré á ver?

— En cualquier parte donde estés.

— Adios.

— Hasta la vista.

Me lancé como un loco á través del jardín, escalé la tapia y me encontré en una callejuela. Nada distinguía, no sabía dónde estaba, y así corrí hasta encontrarme en la plaza de Armas; allí me orienté, y recobrando en mi apoyo un poco de sangre fría, consulté conmigo mismo sobre lo que mas me convenia hacer. Sin duda debia huir; pero de Malta no se huye fácilmente; por otra parte, no llevaba conmigo sino algunos zequines; todo lo que poseía lo tenia en mi casa; en ella estaban tambien las cartas de Lena que podian ser cogidas y denunciar nuestro amor. Lo primero, pues, que yo debia hacer, era entrar en mi casa.

Volví corriendo á tomar el camino de mi casa. A algunos pasos de la puerta estaba acurrucado un hombre, con la cabeza inclinada sobre las rodillas; creí que dormia, como sucede frecuentemente con los mendigos en las calles de Malta; no fijé en él mi atencion y entré.

En dos saltos estuve en mi cuarto; lo primero que hice fué correr á la cómoda en donde estaban las cartas de Lena, y las quemé todas sin dejar una; despues cuando ví que no quedaba de ellas mas que ceniza, abrí la gaveta donde estaba el dinero, y tomé todo lo que tenia. Mi intencion era correr al puerto, arrojar me en

un barco, trocar mis vestidos por los de un marinero, y á la mañana siguiente salir de la rada con los pescadores que salen todas las mañanas. Esto me era tanto mas fácil, cuanto que veinte veces habia ido yo á partidas de pesca con cada uno de ellos, y conocia á todos. Lo importante era, pues, llegar al puerto.

Volví á bajar prontamente con aquella intencion; pero en el momento en que abria la puerta de la calle para salir, cuatro soldados ingleses se arrojaron sobre mí: al mismo tiempo se aproximó un hombre, é iluminando mi rostro con una linterna sorda:

— Él es, dijo.

Por mi parte, reconocí al mendigo epirota á quien habia dado limosna aquella misma mañana. Comprendí que estaba perdido si no pesaba cada una de mis palabras. Pregunté con la voz mas firme que pude aparentar, qué era lo que se me queria y á dónde me conducian: me respondieron tomando el camino de la cárcel, y llegados á ella, encerrándome en un calabozo.

Así que estuve solo, reflexioné en mi situacion. Nadie me habia visto herir á Morelli, y estaba seguro de Lena como de mí mismo. No habia sido cogido infraganti, y por tanto resolví encerrarme en la mas completa negativa.

Bien hubiera podido decir que al salir de casa de Lena habia sido atacado, y que no habia hecho mas que defenderme. Así acaso cambiaria la pena de muerte en la de prision perpetua; pero perdía á Lena. Ni aun soñé en ello.

A la mañana siguiente, un juez y dos escribanos fue-

ron á la prision á tomarme declaracion. Morelli no habia muerto en el acto de recibir el golpe; él era el que habia dicho mi nombre al jefe de la patrulla que habia acudido durante nuestra lucha; habia asegurado sobre un crucifijo haberme reconocido perfectamente, y en seguida espiró.

Negaba yo todo: afirmaba que no conocia á Lena, sino por haberla encontrado como se encuentra á todo el mundo, en los espectáculos, en el paseo, en casa del gobernador; habia permanecido en mi casa toda la noche, y no habia salido sino en el momento en que habia sido detenido. Como nuestras casas rara vez tienen porteros, y cada uno entra y sale con sus llaves, nadie podia dementirme en este punto.

El juez dió orden de que me llevaran ante el cadaver. Salí de mi calabozo, y se me condujo á casa de Lena. Conoci que era allí donde tenia necesidad de todo mi espíritu: procuré tener mi frente serena y no conmoverme por nada.

Al atravesar el corredor, vi el sitio de la lucha: un espejo pequeño estaba roto por la bala de la pistola; la alfombra habia conservado una extensa mancha de sangre: se hallaba á mi paso, no traté de separarme, y pasé por encima de ella como si ignorase que la habia.

Se me hizo entrar en la habitacion de Lena: el cadáver estaba tendido sobre el lecho, con el rostro y el pecho descubiertos; la última convulsion de la rabia contraia su fisonomia, su pecho estaba atravesado por la herida que le habia causado la muerte. Me aproximé al lecho con paso seguro: se renovó el interrogatorio, mas

en nada me separé de mis primeras respuestas. Hicieron venir á Lena.

Se aproximó pálida, pero tranquila: dos gruesas y silenciosas lágrimas rodaban por sus mejillas, que lo mismo podian expresar el dolor que experimentaba por la pérdida de su marido, que el que le causaba la situacion en que veia á su amante.

— ¿Qué me quereis aun? dijo: ya os he dicho que nada sé, que nada he visto; estaba acostada, oí ruido en el corredor, y he acudido corriendo: he oido á mi marido gritar, «al asesino.» Eso es todo.

Hicieron subir al epirota, y se nos careó con él. Lena dijo que no le conocia. Yo respondí que no recordaba haberle visto jamás.

Lealmente no tenia yo contra mí mas que la declaracion del muerto. El proceso se siguió con actividad: el juez cumplió su deber, como hombre que á todo trance quiere cobrar en una cabeza. A todas horas del dia y de la noche, entraba en mi calabozo para sorprenderme y preguntarme. Lo cual le era tanto mas fácil, cuanto que mi calabozo tenia una puerta que daba á la habitacion de los sentenciados, y él tenia la llave de aquella puerta; pero yo me defendi, negaba siempre.

Pusieron en mi prision un espía, que se me presentó como compañero de infortunio, y que me confesó todo. Lo mismo que yo, habia él muerto á un hombre, y como yo esperaba su sentencia. Me condoli de la suerte que le estaba reservada; pero le dije que por lo que hacia á mí estaba completamente tranquilo, porque era inocente. El espía, una mañana, pasó á otro calabozo.

Sin embargo, á la acusacion de homicida, á la declaracion del epirota, se habia añadido una circunstancia terrible, habian encontrado en el jardin la señal de mis pasos; midieron las suelas de mis botas y las confrontaron con las huellas que habian dejado, y reconocieron que aquellas se adaptaban perfectamente á estas. Algunos cabellos míos habian quedado en la mano del moribundo; aquellos cabellos, comparados con los míos, no dejaban duda alguna sobre la identidad.

Mi abogado probó completamente que yo estaba inocente: pero tambien probó completamente el juez que yo era culpable, y fui sentenciado á muerte.

Escuché la sentencia sin pestañear; algunos murmullos se oyeron en el auditorio. Vi que muchos dudaban de la justicia de la sentencia. Extendí una mano hácia el Santo Cristo.

— Los hombres pueden condenarme, exclamé; pero hé ahí el que me ha absuelto ya.

— ¿Habeis hecho eso, hijo mio? exclamó fray Girolamo que no se habia conmovido al saber el asesinato, pero que se estremecía al oír la blasfemia.

— No era por mí, padre mio, era por Lena. No me amedrentaba la muerte, y os convencereis de ello puesto que me vais á ver morir; pero mi sentencia la deshonoraba, mi suplicio hacia de ella una mujer perdida. Además, no sé qué vaga esperanza me gritaba en lo íntimo de mi corazón que me libraria de aquello. Por otra parte, confesándoos todo tal como ha pasado, á vos y al capitan, ¿no me perdonará Dios, padre mio? ¿Me habeis dicho que me perdonaria! ¿Mentís vos tambien?

Fray Girolamo no respondió al moribundo sino con una oracion mental. Gaetano miraba palideciendo á aquel monje que se arrodillaba por los pecados de otro, y observé que el brillo de sus ojos comenzaba á empañarse; él tambien conoció que se debilitaba.

— Dadme una cucharada mas de elixir, capitan, dijo. Y vos, padre mio, escuchadme al punto: no tenemos tiempo que perder; despues orareis.

Le hice tragar un sorbo del elixir, que produjo el mismo efecto que la primera vez. Vi reaparecer el color rosado en sus mejillas, y sus ojos brillaron de nuevo.

— ¿En qué estábamos? preguntó Gaetano.

— Acabábais de ser condenado, le dije.

— Es verdad. Se me condujo á mi calabozo: tres dias me quedaban: tres dias median, como sabeis, entre la sentencia y el suplicio.

El primer dia vino el escribano á leerme la sentencia, y me apremiaba para que confesase mi crimen, asegurándome que como en él mediaban circunstancias atenuantes, acaso obtendria una conmutacion de pena. Le respondí que no podia confesar un crimen que no habia cometido, y le ví salir del calabozo espantado él mismo de la tenacidad de mis negativas.

A la mañana siguiente le tocó su vez al confesor. Acaso era un crimen mas grande que el primero, pero negué, au al confesor.

Fray Girolamo hizo un movimiento.

— Padre mio, dijo Gaetano, Lena me habia dicho que si yo moria antes que ella, entraria en un convento.

y rogaria por mí durante todo el resto de su vida. Contaba yo, pues, con sus oraciones.

El confesor salió convencido de que no era yo culpable, y su boca, al darme el beso de paz, dejó escapar la palabra mártir. Le pregunté si no volveria á verme, y prometió volver á pasar conmigo el dia y la noche siguientes.

A las cuatro de la tarde la puerta de mi prision que daba á la capilla de los sentenciados, se abrió y vi aparecer al juez.

— ¡Y bien! le dije al verle, ¿estais convencido de que habeis sentenciado á un inocente?

— No, me respondió; sé que sois culpable, pero vengo para salvaros.

Creí que era una nueva astucia para arrancar mi secreto, y me sonreí desdeñosamente.

El juez se acercó á mí, y me alargó un papel; lei:

« Cree todo lo que te diga el juez, y haz todo lo que te mande hacer.

Tu Lena. »

— La habeis arrancado ese billete por alguna astucia infame ó por algun tormento atroz, respondí yo meneando la cabeza. Lena no ha escrito esas palabras voluntariamente.

— Lena ha escrito esas palabras libremente; Lena ha venido á verme, Lena ha conseguido de mí que te salvase, y vengo á salvarte. ¿Quieres obedecerme y vivir? ¿Quieres obstinarte y morir?

— ¡Y bien! ¿Qué es preciso hacer? repliqué.

— Escucha, dijo el juez acercándose á mí y hablándome con una voz tan baja que apenas podia oírle; sigue ciegamente las instrucciones que te voy á dar; no reflexiones, obedece y tu vida está salvada y salvado el honor de tu querida.

— Hablad.

Me quitó los grillos.

— Hé aquí un puñal, tómale; sal por esa puerta, de la que yo solo tengo la llave; corre al café mas próximo, déjate conocer con descaro por todos los que estén allí; hunde el puñal en el seno del primero que te se ptesente, déjale en la herida, huye y vuelve aquí. Aquí te espero, y Lena encerrada en mi casa me responde de tu vuelta.

Comprendí todo. Se me erizaron los cabellos, sentí brotar de sus raíces un frio sudor, y resbalar por mi rostro. El juez, ese hombre encargado por la ley de proteger á la sociedad, se habia dejado seducir por el oro, y nada habia encontrado mejor que absolverme del primer asesinato por uno segundo.

Vacilé un instante; pero pensé en la libertad, en Lena, en la felicidad. Cogí el puñal de sus manos, salí como un loco, y fui corriendo hácia el café Griego; estaba lleno de gentes conocidas mías; nadie habia sino vos cuya fisonomía me fuese extraña, capitán. Fui hácia vos y os herí. Segun las instrucciones del juez, dejé el puñal en la herida, y hui. Algunos instantes despues estaba ya en mi calabozo; el juez volvió á ponerme las cadenas, cerró la puerta de la prision, y desapareció.

Diez minutos habian bastado para aquel drama terrible. Hubiera creído haber ejecutado un sueño, si no hubiese visto mi mano teñida en sangre. La restregué contra la tierra húmeda del calabozo; la sangre desapareció, y esperé.

El resto del día y de la noche pasaron sin que, como lo comprendereis muy bien, cerrase mis párpados un instante. Vi terminar un día y aparecer otro; aquel día que debía ser el último de mi vida. Oía al reloj de la capilla dar las horas, los cuartos, las medias horas. En fin, á las seis de la mañana, en el momento en que yo estaba pensando que me quedaban justamente veinte y cuatro horas de vida, se abrió la puerta y vi entrar al confesor.

— Hijo mio, me dijo aquel hombre animoso entrando precipitadamente en mi calabozo, tened esperanza, porque vengo á traeros una extraña nueva. Ayer á las cuatro de la tarde, un hombre vestido como vos, de vuestra edad, de vuestra estatura, y que de tal modo se os parecía que todos le han tomado por vos, ha cometido un asesinato en el café Griego, en un capitán siciliano, y ha huido sin que se le pueda coger.

— ¡Y bien! repliqué yo como si ignorase el partido que el juez podría sacar del hecho, padre mio, no veo en todo eso sino un asesinato mas, y no comprendo en qué pueda serme útil ese asesinato.

— ¿No comprendéis, hijo mio, que ahora todo el mundo está convencido de que no habeis sido vos el asesino de Morelli? ¿que sois víctima de vuestra semejanza con su asesino, y que ya el juez ha mandado suspender vuestra ejecucion?

— ¡Dios sea alabado! respondí; pero hubiera yo preferido que mi inocencia fuese reconocida por otro medio.

Todo aquel día pasó en nuevos interrogatorios. No tenia mas que una cosa que responder; que no habia dejado mi calabozo. El confesor declaró haberme dejado á las cuatro menos algunos minutos; el carcelero afirmó no haberme quitado mis cadenas. El juez me dejó por la noche, confesando delante de todos los que estaban allí que debía haber en aquel suceso alguna fatal equivocacion, y declarando que su imparcialidad no le permitia dejar ejecutar la sentencia.

A la mañana siguiente fueron á buscarme para carrearame con vos. ¿Recordáis aquella escena, capitán? Me reconocisteis: nada podia serme mas favorable que la seguridad con que afirmábais era yo el que os habia herido. Cuanto mas me acriminaba nuestra declaracion, mas probaba mi inocencia.

Sin embargo, no podia ponerme así en libertad: era preciso una nueva prueba, y aunque fuese el juez sitiado por Lena todos los días, el juez vacilaba en hacerla. Lo importante, decía, era que venciésemos; lo demás vendrá á su tiempo.

Así pasó un año, un año eterno. Al cabo de aquel año, el juez cayó malo, y se esparció bien pronto el rumor de que su enfermedad era mortal.

Lena fué á verle al lecho de agonía y le pidió imperiosamente mi libertad. Todavía queria el juez cludir su promesa. Lena le amenazó con revelarlo todo. Tenia él un hijo, para el cual solicitaba la supervivencia de

su destino; tuvo miedo, y dió á Lena la llave de la capilla.

A media noche la ví aparecer. Creí que era un sueño; hacia un año que no la veía. La realidad me hacia morir de alegría.

Me contó todo en dos palabras, y que no teníamos un instante que perder; en seguida marchó ella delante de mí, y me condujo á su casa. Volví á pasar por el corredor donde habia visto una mancha de sangre, entré en aquella habitacion donde habia sido llevado ante el cadáver. Al dia siguiente me ocultó todo el dia en el oratorio donde estaba la madona del Perugino. Los criados iban y venian como de costumbre por la casa, y de nada se apercibieron. Lena pasó una parte del dia conmigo; pero como acostumbraba encerrarse en su oratorio y se retiraba allí para orar, nadie concibió sospecha alguna.

Llegada la noche me dejó; hácia las diez volvió á entrar.

— Todo está arreglado, me dijo; he encontrado un patron de barco que se encarga de conducirte á Sicilia. Yo no puedo marchar contigo; viéndonos desaparecer á un tiempo, lo que con tanto trabajo hemos ocultado, se aclararia á los ojos de todos. Marcha el primero; dentro de quince dias estaré en Mesina. Mi tia es superiora de las Carmelitas: en su convento me hallarás.

Insistí para que marchase conmigo, porque tenia no sé qué presentimiento. Sin embargo, se opuso con tanta energía, me aseguró con tan formales promesas que antes de tres semanas estaríamos juntos, que cedi.

Hacia una noche oscura; salimos sin ser vistos, y nos encaminamos á la puerta de San Juan. Allí, según le habian ofrecido, una chalupa vino por mí. Otra vez nos abrazamos. No podia dejarla, queria llevarla conmigo, lloraba como un niño. Algo me decia que ya no la volveria á ver; era la venganza divina que me insinuaba así su voz.

Me embarqué en vuestro buque; pero, como comprendeis bien, no podia dormir. Sali del camarote para tomar el aire sobre cubierta, y os encontré.

A partir desde ese momento todo lo sabeis. He preferido batirme á haceros entonces la confesion que ahora hago; hubiérais creído que yo hacia esta confesion porque tenia miedo, y además, hecha esta confesion sabiais mi secreto, es decir, entregaba mi vida. No arriesgaba mas aceptando el duelo que me proponiais. Dios os ha elegido por el ejecutor de su justicia. No ha querido que una vez adúltero y dos asesino, gozase en paz de la impunidad legal que mi querida habia comprado para mí á precio de oro. Venid, capitán, hé aquí mi mano. Perdonadme como yo os perdono.

— Me dió la mano, y se desmayó.

Le hice tragar otras dos cucharadas de elixir; y volvió á abrir los ojos; pero con el delirio. Desde aquel momento ya no pronunció sino palabras sin coherencia, entremezcladas de oraciones y blasfemias, y por la noche á las nueve espiró, dejando á fray Girolamo la carta dirigida á Lena Morelli.

— ¿Y qué se hizo de aquella jóven? pregunté al capitán.

— No sobrevivió mas que tres años á Gaetano Sfer-
ra, me respondió, y ha muerto religiosa en el convento
de Carmelitas de Mesina.

— ¿Y cuánto tiempo hace, pregunté aun al capitan,
que tuvo lugar todo eso?

— Hace... dijo el capitan repasando su memoria,
hace hoy nueve años, dia por dia, respondió Pietro.

— Así, añadió el piloto, hé aquí nuestra tempestad
que ya se acerca.

— ¡Cómo! ¿Nuestra tempestad?

— Sí, yo no sé cómo es, dijo Pietro; pero desde en-
tonces, siempre que nos ha cogido en el mar el
aniversario de aquel dia, hemos tenido un tiempo de
perros.

— Efectivamente, dijo el capitan, mirando un nu-
barron que avanzaba hácia nosotros viniendo del lado
de Mediodía; ¡por vida de!... es verdad. No debíamos
haber salido de Nápoles hasta mañana.

EL ANIVERSARIO.

Durante la relacion que acabábamos de oír, el tiempo se habia cerrado poco á poco, y el cielo parecia cubier-
to como de un color gris, sobre el que se destacaba por su tinte parduzco mas oscuro la nube que habia llamado la atencion del capitan. De tiempo en tiempo leves ráfagas de viento pasaban, y nuestra vela mayor se habia desplegado para aprovecharlas; porque el viento, viniendo del Este, hubiese sido excelente para conducirnos á Palermo, si se hubiese fijado. Pero bien pronto, sea que aquellas ráfagas fuesen inconstantes, sea que los primeros soplos de un viento contrario nos llegasen del lado de Sicilia, la vela comenzó á chocar contra el mástil de tal modo, que el piloto mandó cargarla. Cuando el tiempo amenazaba, el capitan resignaba al punto, segun creo haber dicho ya, sus poderes entre las manos del abuelo Nunzio, y se trasformaba en el primero y mas dócil de los marineros. Así, á la orden imperiosa dada por el piloto de desembarazar el puente, el capitan fué el mas activo en obedecer, encerrando nuestra mesa, y ayudando á Jadin á meter en el cama-